

Una librería de Granada

El librero anticuario no comercia con novedades ni se adapta a algoritmos; opera en otra frecuencia, en otro calendario. Es más arqueólogo que vendedor, más historiador que comerciante, más devoto que distribuidor

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

Escritor y catedrático de la Universidad de Salamanca

En una época en que las librerías se debaten entre la obsolescencia programada y el posturo digital, sobreviven –como islas a contracorriente– algunos santuarios del tiempo: templos donde el libro no es una mercancía de paso, sino un objeto de culto, una joya tipográfica, un fragmento de la historia detenida. El librero anticuario no comercia con novedades ni se adapta a algoritmos; opera en otra frecuencia, en otro calendario. Es más arqueólogo que vendedor, más historiador que comerciante, más devoto que distribuidor. En su universo, un lomo desgastado es una reliquia, una errata es una pista filológica, y una encuadernación original vale más que una edición de lujo actual. Su local no es una tienda: es una cámara de maravillas, un aleph bibliófilo donde se cruzan siglos, lenguas, tipografías, y donde cada objeto –ya sea un libro, una medalla, una talla en madera o una cerámica vidriada– cuenta una historia que ningún algoritmo podrá jamás narrar.

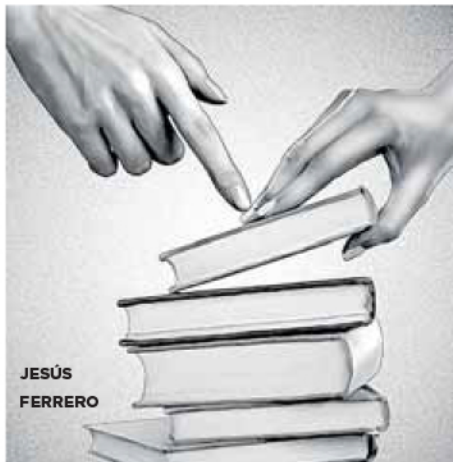
Conocí a Ignacio Martín una mañana fresca de primavera, en Granada, guiado por Fernando de Villena, su hermano, poeta brillante, novelista tenaz y bibliófilo por legítima contaminación familiar. Íbamos acompañados de Juan Chirveches, a quien conocía de antiguo como mentor literario en mi juventud, y que era, además, un poeta destacado, un articulista lúcido y uno de los directivos del Centro Artístico, Literario y Científico en la actualidad. Fernando nos miró con esa ironía suya, mezcla de complicidad y anuncio de epifanía, y dijo:

—Lo que vais a ver no es una librería. Es otra cosa. Os hará falta más tiempo que dinero.

El local estaba en la calle de la Cárcel baja de Granada, a un suspiro de la Catedral, como si el barroco se hubiese filtrado en sus muros y se hubiera quedado a vivir allí. Desde fuera, apenas una puerta discreta, casi monástica, con una placa sencilla que decía: Librería Anticuaria – Ignacio Martín Villena. Dentro... el vértigo.

Era un laberinto mágico, una cueva del tesoro para quien supiera mirar. Desde la entrada, la vista se extraviaba entre armarios de nogal, vitrinas repletas de grabados, volúmenes encuadernados en piel con el lomo dorado y la fecha impresa con precisión sacerdotal. El olor era inconfundible: papel antiguo, cuero envejecido, cera de muebles, incienso residual de algún objeto sacro perdido entre las baldas. Y el silencio... ese silencio espeso que se da sólo en los lugares donde se guarda lo irreversible.

Ignacio emergió desde un fondo indeterminado, como si viniera de una hora que no figuraba en los relojes. Vestía lana sobria y caminaba con la precaución de quien sabe que todo lo valioso es frágil. Sonrió con una cordialidad antigua, sin urgencia ni protocolo.



Le hablé de mi aprecio por los catálogos bien hechos, sin sospechar que había editado más de veinte, cada uno una pieza de orfebrería verbal: descripciones que eran microensayos, genealogías editoriales, estados de conservación contados con la precisión de un notario de la belleza.

—Aquí no se venden libros –dijo–. Aquí se encuentran cosas que no sabíais que aún existían.

Y tenía razón. Entre sus manos desfaban incunables, ediciones príncipe, ejemplares únicos con ex libris de marqueses y obispos, álbumes de grabados, medallas conmemorativas, misales miniados. Cada objeto tentaba el tacto y asaltaba la vista. Había allí tal densidad de memoria material, que uno salía con la sensación de haber visitado un archivo onírico.

Ignacio tenía el raro don de narrar cada pieza sin caer en la pedantería ni en el mercadeo. Su voz era sosegada, respetuosa con los objetos. Uno podía pasarse horas escuchándole describir una encuadernación holandesa del XVII o las variantes tipográficas de una edición del ‘Orlando Furioso’, sin sentir jamás que se trataba de una clase, sino de una revelación.

Todo en su librería tenía esa dimensión doble: era objeto de culto y testimonio histórico, pero también oportunidad comercial. Ignacio no se engañaba. Sabía que, en el fondo, debía vender para sobrevivir. Pero su modelo de negocio era el de un monje mercader: vendía a quien lo merecía. Si uno preguntaba por un libro «raro» sin saber por qué lo era, Ignacio ladeaba la cabeza, suspiraba con cortesía, y desviaba la conversación hacia temas menos comprometidos.

Comenté a Fernando que aquel espacio parecía el eco material de uno de sus personajes más originales y emblemáticos, Damián Cubero. Hubo entre los hermanos un cruce de miradas que no precisó palabras. La literatura también sabe callar.

Entonces Fernando, con tono de digresión magistral, deslizó:

«El bibliófilo ama el libro y lo lee; el bibliómano lo adora como fetiche. Uno lo devuelve a la estantería con gratitud; el otro lo encierra como a un ídolo. Se cruzan en subastas, pero no se reconocen».

En los ojos de Ignacio, un fulgor de asentimiento. Porque quizá en él convivían ambos: lector fervoroso y guardián de reliquias.

—Y aún así –añadió– necesitamos a ambos. Cada uno preserva, a su modo, el libro frente al olvido.

Más tarde, mientras hojeábamos un facsímil iluminado del ‘Libro de horas de los Médici’, Chirveches, que llevaba rato callado, lanzó una pregunta con tono de provocación académica:

—¿Y qué opinas de esta fiebre por los facsímiles? Porque yo empiezo a ver que se confunde la bibliofilia verdadera con esa otra cosa que es casi fetichismo editorial. En Madrid, por ejemplo, los círculos bibliófilos de verdad desprecian los facsímiles. Dicen que son simulacros para nuevos ricos, ediciones con un catálogo de compradores fabricado de antemano, convencidos de que lo que hoy cuesta mil euros se revalorizará en diez años. Pero eso... ¿es bibliofilia o es especulación decorativa?

Ignacio, que hojeaba en ese momento un tomo encuadernado en tafilete rojo, ni se inmutó.

—Eso –dijo– no es bibliofilia. Aunque tiene su mercado. Como las falsas reliquias: siempre hay quien las compra para no creer del todo, pero por si acaso.

Volví una y otra vez. No buscaba un título concreto; buscaba ese peso específico de lo real que en otros lugares ya no se siente. Una tarde le pregunté por el porvenir del libro antiguo, por las plataformas y subastas digitales.

—El futuro no me concierne –dijo–. Me dedico al pasado. El buen objeto se defiende solo: puede olvidarse, pero no pierde valor.

Ignacio no cultiva nostalgia: ejerce resistencia. Su librería no es reliquia, sino acto: una defensa de lo que envejece con dignidad, un lugar donde la fugacidad no tiene jurisdicción.

Hoy, cada vez que paso por Granada, ya no me acerco a la calle de la Cárcel baja. Ahora me desvío hacia la calle de Luceña, donde Ignacio Martín ha trasladado su librería, conservando intactos los tesoros bibliográficos y artísticos que la hicieron legendaria, pero ampliados, desplegados en un espacio más generoso, a pie de calle, que permite respirar mejor la maravilla. Es un laberinto de asombros, un gabinete de curiosidades abiertas al caminante que entra sin saber lo que busca y sale sin saber cómo salir. Un lugar donde perderse un día entero bajo la certera guía de Ignacio, que sigue ejerciendo su oficio con la misma elegancia callada, con la misma precisión de miniaturista que convierte cada pieza en un hallazgo y cada visita en una revelación.

Sigo pensando que su local es un aleph de los sentidos: un lugar donde el mundo se vuelve libro, y el libro, mundo.